

Para toda la eternidad

La madre de Martín fue condenada a cadena perpetua tres meses antes de que el niño naciera. Cuando Martín nació, no lloró, porque el mundo se le presentó en tinieblas, igual que como lo concibió desde que tuvo uso de razón. Desde muy pequeño su madre lo sobreprotegió de la manera más sutil y enérgica con que una madre puede proteger a un hijo; dándole esperanzas, esperanzas de que algún día conocería la luz, un concepto demasiado abstracto para un niño que nunca había visto ni siquiera un rayo de sol atravesando los barrotes de su celda. Para explicar el concepto de la luz, la madre de Martín le enseñó que ésta era como las ideas, que venían a su mente, a través de la imaginación. Desde ese momento Martín no descansó ni un solo instante en la búsqueda de la iluminación.

Un día llegó hasta las manos de Martín un objeto muy extraño, rectangular, seccionado de superficie irregular, con un relleno lineal y punteado con símbolos extraños. Martín preguntó a su madre, que era ese objeto tan raro; un libro, le contestó. Un libro, pensó Martín, y ¿para qué sirve?, le pregunto a la madre. Para imaginar, fue la respuesta que recibió el niño y la que marcó el resto de su vida, sabía que si aprendía a leer esos aparatos llamados libros, podría imaginar y así, algún día ver el color de la luz.

Pasaron los días, los meses, los años y Martín no dejaba de buscar en cada libro que llegaba a sus manos el significado de la luz, sus conocimientos crecían con cada texto y su imaginación volaba con cada historia que leía a través de las puntas de sus pequeños dedos. Pronto se dio cuenta de que los libros se amontonaban en su habitación, algo debía hacer al respecto, el desorden se había convertido en un laberinto peligroso para su desplazamiento, construyó estantes y formó una biblioteca de un tamaño considerable, pero a poco andar, la biblioteca que había construido se fue haciendo cada vez más estrecha, los textos se acumulaban como montañas de papel, las paredes no podían soportar más el peso de los libros y el piso comenzaba a hundirse lentamente en el suelo. Martín pensó que la solución a esa falla estructural era edificar para ampliar su biblioteca, pero ¿hacia dónde construir? Nunca había salido de esas cuatro paredes, la cárcel era su mundo y sus libros un portal al espacio exterior. La única solución a este problema era construir hacia abajo, en el subsuelo, los túneles serían los nuevos aposento de sus textos, una biblioteca subterránea donde no habrían límites al conocimiento. Los años pasaron y la colección de libros de Martín se multiplicó. A medida que crecía la cantidad de textos, también crecía la cantidad de túneles que construía para almacenarlos. Martín no solo almacenaba en los túneles los libros que llegaban a sus manos, sino que también se dedicó a hacer notas, análisis y ensayos de esos libros, lo que aumentó el volumen almacenado y los kilómetros de túneles construidos; la

oscuridad de los túneles no era un problema para Martín, el problema era encontrar los libros cuando los necesitaba, por lo que diseñó un código nemotécnico basado en cuerdas y nudos, como los Quipus Incas para organizar su biblioteca.

Martín pasó gran parte de su juventud y de su vida adulta leyendo, escribiendo y construyendo túneles. A menudo imaginaba cómo sería la vida fuera de esa realidad, cada vez que bajaba a los túneles se preguntaba cuando llegaría el día en que conocería la luz, pero ya no era solo la luz lo que lo intrigaba, también había leído sobre el sol, el mar, la luna, la lluvia, la nieve, las nubes y un millón de otras cosas que lo inquietaban. Solo una cosa lo animaba a seguir adelante, él sabía que si mantenía la esperanza, tal cual como se lo había inculcado su madre, algún día conocería el color de la luz, y si tenía suerte, de tantas otras cosas que podía ofrecerle el mundo exterior.

Cuando Martín sobrepasaba largamente las siete décadas de vida y la galería de túneles que había construido con sus propias manos abarcaba varios kilómetros de extensión, se encontró con que los libros apilados hasta el techo formaban una cúpula monumental, como la de una gran catedral gótica. Fue justamente en medio de ese escenario, que el ruido de mil corceles de fuego galopando desde las entrañas del infierno lo sorprendió, la tierra bajo sus pies se estremeció, como un pequeño bote en un mar tempestuoso y sin lograr mantenerse en pie, cayó de espaldas al suelo, en ese momento se rebela ante él la más absoluta de

las epifanías, el techo de la cúpula de su catedral de libros se abrió y dio paso a la más intensa claridad que ni la imaginación más aguda podría crear. La visión que Martín tenía frente a sus ojos no era de este mundo, o por lo menos no del mundo en el que había crecido. Sus ojos se inundaron de lágrimas, las mismas lágrimas que guardó como un tesoro desde el momento en que nació. Por primera vez sintió lo que debió haber sentido al nacer, el color de las emociones que solo conocía a través de los libros. El cataclismo hizo que la cúpula se abriera y cerrara como las fauces de una gran león, dejando ver un trazo de cielo azul que quedaría impreso como la última imagen que vieron los ojos de Martín antes de que cientos de toneladas de libros y tierra sepultaran la única y verdadera sonrisa que atesoraría para la toda la eternidad.